

Bicho'e parra en órbita

Magdalena A. Mouján Otaño

Bicho'e parra en órbita

Magdalena A. Moujan Otaño

Magdalena Araceli Moujan Otaño es argentina, Doctora y Profesora en Ciencias fisicomatemáticas y Asignaturas Técnicas Generales del Ciclo Industrial. Los cargos técnicos y docentes que ha desempeñado en su vida profesional son capaces de dar complejo de inferioridad a cualquier simple mortal. En la actualidad, entre otros, desempeña los de Jefe del Departamento de Matemática y miembro del Consejo Académico de la Universidad Católica de la Plata. En 1968, la Dra. Moujan Otaño obtuvo el primer premio en el Concurso de Cuentos de C-F organizado por la I Convención de Ficción Científica de la República Argentina.

Las historias con perros son generalmente melancólicas. No es ese el caso de Bicho'e Parra y lo que aquí se cuenta. El perro que responde (si le da la gana) al nombre de Bicho'e Parra ha sido y afortunadamente (?) sigue siendo una excepción a todas las reglas.

Todo empezó en aquel horroroso camino de tierra (hoy pavimentado) que llevaba a la base El Abrojal. Lo de camino era una forma de decir, *«cientos de kilómetros de polvo y pozos, no pretendas una ubicación sensata para una base científico-militar, los militares y cierta clase de científicos padecen del llamado COMPLEJO DE ÁLAMOGORDO que los obliga a buscar el aislamiento en parajes infernales para la realización de los GRANDES PROYECTOS»*. El Abrojal, con todos sus inconvenientes, era el único centro científico del país donde la doctora Ofelia Beláustegui no estaba aún peleada a muerte con todo el mundo. Allí había aceptado trabajar, al término de su beca, mi irresponsable hermano Martín, y allí, para malévolas satisfacción suya, iba yo también a parar, a raíz de la quiebra de ASESORES TÉCNICOS Y CIENTÍFICOS ASOCIADOS, *«ya me enteré, me lo contó un pajarito, mejor dicho un pajarón, colega tuyo, que presentó unas cuantas sandeces en las últimas JORNADAS. Era inevitable que los Señores Empresarios prefirieran la Astrología al Análisis de Sistemas, esos señores están aún en la etapa animista y prelógica y su I. Q. medio no supera la medida de la cintura de sus secretarías. Si tu honor científico continúa incólume, si no estás dedicada a programar para la computadora último modelo de algún centro astrológico, quizá te interese saber que la División Cómputo de El Abrojal ha quedado vacía. Previo casamiento, que no fue tal, sino una regularización, esos dos inconscientes aceptaron sendas becas y dejaron a El Abrojal plantado, con una computadora en camino. Lo peor es que la computadora no era imprescindible, costó mucho más de lo previsto y resultó finalmente un modelo obsoleto y perimido, el utilizado, según el viejo Beckenbauer, POG KEPLER, PAGA CALCULAG OGBITAS, JO JO. De algún modo hay que justificar el gasto, y se está removiendo cielo y tierra en procura de un especialista en cálculo numérico y programación que acepte trabajar en estas condiciones, pero hasta ahora no apareció ninguno lo suficientemente idiota. Pienso que al venir tu hermano, por cuidarlo (siempre tan caído del nido el pobre) accederías a hacerte cargo de la división —quizás— contando además con que podrías divertirte bastante con el espectáculo de la pintoresca fauna local»*.

Realmente debían estar muy necesitados de personal para soportar a la doctora Beláustegui y aceptar a sus recomendados. Personalmente opino que Ofelia Beláustegui, más

conocida en el ambiente como la señorita Ofidia, es un pan de Dios, pero son muy pocos los que están de acuerdo conmigo. A los demás los horroriza con su falta de inhibiciones y los aterroriza con su vista de lince, su memoria de elefante y (lo dicen ellos) su lengua de víbora. Yo no creo que sea para tanto; ha hecho cosas insólitas, como descubrir EL LIBRO DE DOÑA PETRONA entre los que se veían en el fondo de la foto de un nuevo académico (y sacar copias ampliadas y repartirlas), o inquirir cortésmente del señor decano de la facultad, en REUNIÓN DE CLAUSTRO, por la marca de su tintura capilar, pero no hay por qué temerla mientras la conciencia esté tranquila. En caso contrario es prudente recordar que ella es implacable con ciertas faltas: *«Un tratado magnífico, especialmente en las secciones copiadas literalmente del texto clásico de Landau. Lamentablemente el autor cambia la notación de capítulo en capítulo, de acuerdo con la obra circunstancialmente saqueada, lo que resiente la calidad didáctica...»* Ella siempre fue así; lo era cuando la conocimos hace años, como profesora mía en la universidad y de Martín en el colegio nacional, *«gran cosa la docencia; permite detectar el encuentro del futuro científico con el germen de alguna idea original que por el resto de su vida se pasará adobando, inflando, recauchutando...»* Ella fue la única que salió en defensa de Martín cuando el irresponsable se las arregló para que lo expulsaran.

Había pasado el mediodía, hacía un calor terrible y parecía que nos enfrentábamos con una gran laguna, pero era sólo espejismo. Yo estaba molida y harta de masticar arena, y me desquitaba diciendo de todo del camino, de los empleos en El Abrojal y de Martín que no había querido viajar en avión. El no aceptaba ninguna de mis opiniones, parecía muy contento —hasta canturreaba un poco— y cada tanto, romántica y erróneamente, repetía:

—¿Verdad que es un paisaje lunar?

Idioteces. Si la luna fuera así nadie hubiera querido visitarla.

Mi hermano no había querido paradas para descansar. Tampoco había querido cederme el volante en ningún momento. Es natural que a la larga el cansancio se hiciera sentir, por más que él quisiera disimularlo. Tiene que haber sido por eso que no reaccionó a tiempo, ya era tarde cuando gritó ¡AGÁRRATE! y dio un viraje súbito que me mandó de rodillas al piso de la camioneta. Frenamos tan bruscamente que al conseguir enderezarme y no ver a Martín frente al volante pensé que había sido despedido del vehículo. Finalmente conseguí salir, para enterarme de que habíamos atropellado a un perro.

Todavía me parece muy raro que ocurriera aquello. Canis Familiaris y Homo Sapiens andan juntos desde hace veinte mil años y aunque parece que la ingratitud del segundo está por romper el pacto secular, todavía la presencia del Perro significa que el Hombre anda cerca. Y aquello era desierto, desierto puro, con la población más cercana a más de trescientos kilómetros. A veces, en vista de lo que después ocurrió, pienso cosas raras, pero no las digo, porque me precio mucho de mi prosaica cordura.

Martín lo tenía en brazos, era una cosa chiquita que no podía pesar más de cinco o seis kilos; por un milagro, probablemente de San Roque, no lo habíamos matado. En caso contrario, ¿quién aguanta a mi hermano y sus remordimientos? El perrito estaba desmayado y sin heridas visibles, Martín habló de una probable conmoción, dejó que yo manejara y se ocupó del accidentado. Llegamos a El Abrojal al anochecer, terriblemente sedientos, porque las bebidas que llevábamos en una heladerita portátil se agotaron en compresas frías para la cabeza del perrito sin conseguir que reaccionara.

Ofidia (bueno, yo siempre la llamo así, pero cariñosamente, ella lo sabe) nos esperaba junto al puesto de guardia, terriblemente preocupada por nuestro retraso. Cuando Martín le contó lo sucedido y le mostró el perrito ella lo tranquilizó asegurándole que el desmayo eran fingido. Advirtió mi asombro por el atuendo de los centinelas y comentó:

—Dernier cri en las F. F. A. A. Pero queda sumamente raro, ¿verdad?, nativos de tierra adentro con indumentaria propia de las Estepas del Asia Central; algo te conté en mi última carta...

«Se encontrarán con una nueva moda, ya en plena vigencia en bases y guarniciones del

interior, y como hay que seguir sus usos, al jefe de la base llámenlo camarada general. No hay que cometer el grosero error de inferir la existencia de una infiltración ideológica, de este lado y del otro los militares son idénticos, tercera acepción de la voz INTELIGENCIA, las otras dos: HUMANA y ANIMAL. Nada de extrañarse, tuvimos otras modas. Tuvimos cascos con patillas y paso de ganso: ACHTUNG! die Stiefel, der Stiefel, den Stiefeln, die Stiefel; tuvimos marines and rangers and green berets and three cheers for the red, white and blue, on the double. ¿Por qué va a llamarnos la atención lo de ahora? De todos modos el Ser Nacional estará a salvo mientras quede un valiente que repita: PERO MI GENERAL, ¿TAN TEMPRANO Y YA ESTÁ EN CURDA?»

Ofidia nos guió hasta su casa, dijo que nos alojaríamos allí y que nadie nos disputaría ese honor. La casa era grande y lujosa, «demasiado. Pero tendrían que ver las de las Altas Autoridades. Aquí no nos vendría mal un poco de austeridad UNIFORMEMENTE REPARTIDA.

Manías. No entiendo a la gente que cree reñidos el confort y el trabajo científico. (Martín dice que tengo una mentalidad deformada por la aplicación de la matemática a fines subalternos, como si él no fuera físico, habrás visto.) En cuanto a la austeridad reclamada por Ofidia pronto advertí que el lujo de la construcción de la casa estaba compensado por lo escaso y estrafalario de los muebles, «cosas del contador Suárez Green, secretario administrativo, villano del elenco, que aduce escasez de presupuesto». En el comedor, enorme, con grandes ventanales y una inmensa y horrible chimenea revestida de ónix verde había un sillón de mimbre y una mesa de fórmica rodeada de banquitos de cocina. En mi habitación hallé un catre de campaña y un sillón de acrílico, en la de Martín faltaba el sillón, en la de Ofidia había una hamaca paraguaya colgada de dos clavos y una cómoda Luis XVI.

Cuando volví dos horas después al comedor, «nada de ir al restaurante, el encargado descendiendo de Lucrecia Borgia», escuché la voz de Ofidia:

—Su carrera depende de que se decida a perder esos quince kilos de buena fe, ingenuidad y grasa que le sobran. Hola querida, de vos hablábamos.

En el sillón de mimbre, sobre un almohadón de felpa verde, con una bolsita de hielo en la cabeza, un ojo abierto y una oreja parada estaba el Perro. Martín lo había bañado y ahora se advertía que era de pelo blanco y cortito, con manchas marrones irregularmente distribuidas. Tenía el hocico bastante fino, patitas largas de gal-guito y una cola muy larga, que sacudía como un gato enojado. Raza: Puro Perro o Cusco Atorrante. Mi hermano estaba a su lado, con cara de no hallarse muy tranquilo. Había un cuarto personaje que me fue presentado por Ofidia como enviado de una de esas revistas que todos leemos con gusto mientras hablen de los demás.

—Nos lo manda Suárez Green, con la esperanza de que alguno de nosotros pise el palito —dijo Ofidia, sin que la cara de pajarraco del periodista revelara ninguna extrañeza.

Durante la comida («cocino yo, nada de ir al restaurante, en seis meses ocho intoxicaciones colectivas»), preparada por Ofidia teniendo en cuenta el vegetarianismo de Martín, se habló mucho de perros. El periodista resultó muy conocedor y se refirió con lujo de detalles a la reciente muestra del Kennel en la capital. Usó un tono levemente irónico para hablar de los premios logrados por los dogos del general Pérez Rodríguez.

—¡Pero había sido por eso su ausencia! Aquí nos metieron el cuento de un urgente viaje por motivos oficiales top secret.

—Una cosa no quita la otra; posiblemente mató dos pájaros de un tiro. Es muy aficionado a los dogos.

—Sí, desde que leyó en una revista un verso que los compara con adustos sargentos. Aquí tiene un casal. Un par de brutos.

—Ningún perro es bruto porque sí. Lo que ocurre es que terminan por parecerse a sus dueños —dijo Martín. Después, con tartamudeos aclaratorios la embarró todavía más.

—Aquí hay muchos perros, por lo menos se oyen muchos ladridos —dije yo poniendo mi mejor cara de imbécil.

—Efectivamente. Aparte de los dogos del general y de los dobermann de la guardia, que prestan a este lugar un aire alegre de campo de concentración, están Suzette, Cerisette y Anisette, las tres caniches de esa rubia loca de la División Traducciones, los dachshunds, vulgo salchichas, del matrimonio Beckenbauer, creo que se llaman Tristán e Isolda (los salchichas)...

—Y ahora eso —dijo el periodista. Martín hizo una mueca.

—Hasta hace poco vivía aquí Ossian, el Irish Wolfhound que el petizo Torres compró para probar que no tiene complejos. Pero se fueron ambos al terminar el contrato.

—Lo vi la vez pasada. Un gigante. Hubiera podido tragarse eso que está ahí sin pestañear.

Se oyó un quejido. El perrito nos miraba con sus ojos castaños llenos de reproche. Luego acomodó de nuevo la cabeza contra la bolsa de hielo.

—Parece que nos entendiera.

—Tiene mirada inteligente. Pero va a desentonar el pobre, tan plebeyo, entre los aristócratas.

—Es posible, socios del Kennel, con padres conocidos, cosa que no creo pueda decirse de la totalidad de sus respectivos dueños —empezó Ofidia, mientras el perrito, a medio erguir, nos dirigía un gruñido lleno de modulaciones—. ¡Mi Dios! ¡Nunca vi una mirada como ésa en un perro!

—Pero a lo mejor en el espejo sí —dijo el periodista por lo bajo.

—Es tan tarde... ¿No podríamos empezar con el reportaje? —pedí yo con mi mejor voz de ángel.

El periodista, con cara de aburrido, preparó un grabador e inquirió por los objetivos del trabajo en El Abrojal, en particular los del proyecto MINAS EN EL CIELO.

Ahora va a preguntar si no se trata de propaganda erótica —pensé.

—No será propaganda erótica, ¿verdad? —preguntó él con cara de qué pillo soy.

Ofidia le dirigió una mirada venenosa y comenzó:

—La tarea encarada aquí, si bien no carece de detractores, es de enorme importancia científica y tendrá mañana suma utilidad industrial. Voy a tener el gusto de revelar lo que se está cocinando aquí adentro, con el disfraz de desinteresada exploración del espacio exterior. Aquí se están dando las bases de una futura empresa estatal de gran envergadura, Y. M. F., Yacimientos Meteoricos Fiscales...

—¿Pero eso no era confidencial?

—Ya lo comentan hasta las piedras. Este joven se acomodó con el Secretario de Difusión y tiene piedra libre para publicarlo. Prosigo. No estoy de acuerdo con el nombre, la palabra «meteorito» no es apropiada para pedruzcos que en su perra vida rozaron una atmósfera, además Y. M. F. se atreverá también con uno que otro núcleo cometario y con algún indefenso asteroide alejado de la manada. Más apropiado hubiera sido Yacimientos Cósmicos Fiscales, pero hubo quien dijo que sonaba a megalomanía; además la sigla es propiedad de otra meritoria institución. Bien: se trata de organizar la pesca de rocas ricas en metales raros en el espacio exterior.

—Eso está en una novela de Beliaev —dijo el periodista, con cara de ojo conmigo que de eso entiendo.

—¿Y de dónde se cree que salió la idea? A Beliaev le quemamos hace años una novela bastante ñoña, pero hoy está de moda, como todo lo moscovita. Pero advierta que se trata de un proyecto muy bien fundamentado, con bases legales reconocidas internacionalmente, establecidas en el congreso internacional que se reunió hace dos años en Porto Alegre. Allí los hombres de leyes, felices con el nuevo pastel en que hincar el diente y haciendo gala de lógica admirable fundamentaron la jurisprudencia relativa a la pesca del meteorito en los acuerdos sobre caza de ballenas y afines. Algo semejante a lo ocurrido con aquel tratado entre Noruega y Egipto que fijó los derechos de importación de momias aplicando la tarifa del bacalao...

Me atraganté. Ella me miró con curiosidad y aclaró que en lo de las momias y el bacalao había hablado entre comillas.

—Volviendo a Y. M. F., interesa, como es natural, la pesca de ciertos meteoritos especiales, los portadores de elementos raros y caros, escasos en la Tierra y para peor acaparados por la intratable RARE METALS MINING AND PIRACY INC. Hay que elegir cuáles meteoritos pescar y cuáles no, y todavía está en discusión si eso lo harán equipos automáticos o mineros astronautas. Por ahora lo único concreto es esto: la pirotecnia de El Abrojal apunta a las zonas pesqueras del espacio y envía sondas que van y vienen, trayéndonos registros de lo que pasó en el camino, sobre todo en lo que atañe a radiación, factor crítico para futuras decisiones, especialmente por sus efectos genéticos, a menos que la Confederación Nacional de Astronautas incorpore a sus estatutos el voto de castidad...

Ofidia siguió hablando sobre Y. M. F., hizo el elogio de la empresa Fabricaciones Astronáuticas y aprovechó para soltar abundante veneno sobre la burocracia del Ministerio de Ciencia. Después dijo algunas ironías sobre las Altas Autoridades de El Abrojal y perdió demasiado tiempo hablando pestes de Suárez Green y de «*su compinche, el concesionario del restaurante, seis meses de concesión y ya se compró un coche sport*». Cuando ella terminó el periodista reprimió un bostezo y pidió permiso para hacer preguntas de tipo personal.

—¡Ay! Ahora lo enreda a Martín —pensé yo.

—Se le atribuye una agitada trayectoria estudiantil, doctor —dijo el periodista dirigiéndose a mi hermano—. ¿Qué hay de cierto en eso de haberle roto tres costillas al actual ministro de salud pública?

—¡Tres costillas y el parietal izquierdo! —gritó Ofidia—. ¡Hizo bien, el cretino se lo merecía! ¡Haga una encuesta entre los médicos y verá qué unanimidad de opiniones!

Martín, con cara resignada, habló de sus reparos respecto de las experiencias con animales, de su horror por la vivisección y de su reacción ante la odiosa actitud de quien era entonces profesor de anatomía en el Colegio Nacional.

—Es posible que se me haya ido la mano. Casi me mandan a un reformatorio, pero se limitaron a expulsarme, gracias a la doctora Beláustegui.

—Es muy fácil extorsionar a quienes no tienen en correctas condiciones ni la conciencia ni la declaración de réditos —afirmó orgullosamente Ofidia.

Yo empecé a hablar de la brillante carrera de mi genial hermanito menor como estudiante exiliado pero nadie me escuchó. Martín y el periodista se habían enredado en una de esas discusiones en las que mi hermano lleva todas las de perder, porque el pobre es vegetariano y miembro de ligas humanitarias, no por convicciones filosóficas, que le darían argumentos, sino porque los animales le dan lástima, nada más. El periodista le dio el golpe de gracia con una primicia insospechada. Dogos aparte, el viaje del general se debía a la firma de un convenio para una serie de ensayos con envío de seres vivos —preferentemente perros— al espacio. Martín se quedó callado. El perrito, sentado en su almohadón, lanzó un aullido extraño. Los ojos le brillaban como dos brasitas.

«... en una cápsula que describirá una órbita semejante a las de los cometas y atravesará el núcleo principal de un enjambre meteórico cuya filiación no podemos todavía revelar. De acuerdo con el Tratado de Asistencia Astronáutica Mutua...»

—Pero Martín, ya no sos un chico, tenes que entender que esas experiencias son necesarias, de otro modo nunca vamos a encontrar un planeta donde mandar a la gente como vos, no, no te estoy tomando el pelo, por Dios, esta vez no tenes que meterte a redentor, ya sé que no importa tu carrera ni las de los demás, en todo caso vamos de El Abrojal, pero no te metas a sabotear la experiencia, no es porque sea peligroso, está bien, es peligroso pero sobre todo es ridículo, no te ofendas idiota, está bien, los tipos como vos tienen derecho a hacer el ridículo, bueno imbécil ándate al diablo.

«...el perro será soviético, con aptitud garantizada para soportar una larga permanencia en el espacio. Los expertos rusos han tomado como punto de partida razas de perros con las características psíquicas más convenientes —en particular tranquilidad y tenacidad— y han logrado variedades miniatura que conservan las cualidades de sus ancestros. Las preferencias de la mayoría se inclinan por la variedad derivada del Samoyedo, el perro de los pantanos helados, acostumbrado a la larga noche y a los espantosos fríos del extremo norte de Siberia...»

Lo prudente habría sido que Martín rescindiera su contrato, pero mi hermano es muy cabeza dura. Una posibilidad surgida a los pocos días de nuestra llegada falló por razones imprevisibles. El perrito que habíamos recogido (y bautizado provisoriamente con el nombre de Argos, aunque seguro que éste, al regreso de Ulises, se hubiera hecho el interesante) demostró de inmediato su absoluto desprecio por las jerarquías y empezó a practicar un deporte que parecía divertirse mucho: esconderse entre plantas y saltar de improviso, con gruñidos y ladridos nada adecuados a su tamaño, sobre las botas de los uniformados de diversos rangos (y sobre los zapatos con suela de goma de Suárez Green, arruinándole sus inspecciones sorpresivas). Al incorporarse de su quinto aterrizaje sobre los gladiolos del jardín de la dama a quien Ofidia llamaba «esa rubia loca», el coronel Companc, jefe a cargo de la base, empezó a hablar de ejemplarizadoras sanciones y el secretario administrativo, «*ojo hijos que ése extiende a ustedes su afecto hacia mí*» se dispuso a iniciar los sumarios más satisfactorios de su vida, en tanto Martín se limitaba a la previsible reacción:

—Si Argos tiene que irse yo me voy con él.

Pero el coronel Companc era muy aficionado al cultivo de melones. Supongo que las huertas y jardines eran el imprescindible alivio en aquel paisaje de cerros pardos, pelados, petizos y deprimentes. Además de una huerta muy extensa el coronel Companc tenía muchas ideas brillantes, audaces y originales; no en balde había conquistado, en ocasión del último cuartelazo, el apodo de «El Zorro de La Estacada». Había imaginado un novedoso método de riego y al ponerlo en práctica, justamente en los días del conflicto con Argos, provocó un derrumbe y dejó a la base sin agua, sin luz (la pequeña represa del Arroyo Los Abrojos era nuestra fuente de energía) y sin posibilidades de trabajo en serio durante un mes. El general Pérez Rodríguez se reintegró de inmediato a su cargo y según Ofidia, amenazó al coronel Companc con una corte marcial «*que podría condenarlo a escribir doscientas veces NO DEBO ABRIR AGUJERITOS EN MUROS DE CONTENCIÓN SIN PERMISO DE LA SUPERIORIDAD*». Companc fue trasladado y se desvaneció mi esperanza de una prudente retirada de Martín. En cuanto al Perro Anarquista, su posición en El Abrojal pareció definitivamente consolidada cuando la esposa de Pérez Rodríguez, al día siguiente de su arribo a la base, en compañía de sus dos hijas solteras, dictaminó rotundamente:

—Arguitos es una ricura.

No es necesario ser Ofidia para ubicar la razón de tal actitud en el estado civil de Martín. Como consecuencia inmediata Suárez Green se volvió todo sonrisas, «*ojo hijos que éste se las guarda*». Corresponde anotar también que imprevisiblemente, en sus encuentros con el general, Argos se limitó a saludarlo con lánguidas sacudidas de cola. Ofidia, molesta, habló de abyección obsecuencia hasta que pudo hallar una explicación menos degradante:

—Este perrito infeliz alienta un amor imposible por Dorothy.

Dorothy era la perra dogo de los Pérez Rodríguez. Dudoso.

Para mi tranquilidad empezó un período en el que pareció que Martín abandonaba sus proyectos de sabotaje. Se había documentado bien, y empezó a tener mayor confianza en la seguridad del futuro pasajero de la cápsula. Eso sí, anunció que revisaría todos mis cálculos, «*no sea que en una de esas lo mandes al pobre de cabeza al Sol*». Mi hermano suele carecer de tacto. Luego se dejó absorber por su trabajo (diseño y armado del complejo instrumental para registro de radiaciones que viajaría con la cápsula) y por SU perro.

En un 99,99 % los perros son fieles, abnegados, respetuosos, humildes, cariñosos, dóciles.

El 0,01 % restante es el que siempre se cruza en el camino de los tipos como mi hermano. Argos (nombre provisorio) comprendió instantáneamente, como ese tipo especial de perros comprende las cosas, que podría hacer con mi hermano lo que quisiera. Por ejemplo, hacerse llevar en la camioneta hasta los médanos, cuatro kilómetros más allá de la pista de aterrizaje de la base, a medianoche, cuando deseaba aullar a la luna llena.

—No creas, no es tan molesto, será caprichoso, pero es un perro realmente interesante. Celebra el plenilunio en una especie de rito pagano...

Mi hermano es un tipo terriblemente imaginativo.

Cualquiera hubiera podido prever el dominio de Argos sobre Martín. Lo inexplicable es que ocurriese lo mismo con Ofidia. El Perro Déspota llegó a dañar, jugando, algunos de los globos sondas del convenio con cierto instituto de investigaciones de la radiación cósmica y Ofidia, que de hallar culpable de lo mismo a un vulgar ser humano lo hubiera desollado vivo, disculpó a Argos diciendo que ésas eran simples travesuras de cachorro. Naturalmente, hubo algún momento en que llegó a perder la paciencia ante la total falta de consideración del Perro Iracundo, pero halló el modo de contraatacar y salvar, de paso, los globos sondas. Cuando el Perro Terrorista intentaba una de las suyas ella lanzaba un prolongado, escalofriante, ridículo, agudo, infernal maullido y el pobre perro, víctima de sus reflejos, ladraba furiosamente y buscaba por todos lados. Después se escondía en algún rincón, tremendamente avergonzado. Esas fueron las únicas ocasiones en que el Perro Libre mostró alguna debilidad.

Probablemente eran las excentricidades de Argos las que conquistaban a Ofidia. Resultaban especialmente pintorescas algunas de sus costumbres, como sus aullidos lunares en horas de sol, muy a menudo en el jardín de la casa vecina, acompañando los Lieder entonados por la esposa del doctor Beckenbauer. El bonachón matrimonio alemán no se quejó nunca, *«y no sé cómo podrían quejarse, Argos da los agudos mucho mejor que ella»*. En cuanto a Tristán e Isolda, toleraban con agrado la presencia del Perro Libre en su jardín, desde el comienzo lo trataron con paciencia de abuelos y le enseñaron una cantidad de cosas que los cachorros deben aprender, como abrir y tapar pozos con técnica admirable, sin dañar plantas ni estropear jardines *«para que florezcan cien flores, como repite tía Felicitas»*, evitar morder los peligrosos sapos que vivían junto al molino, cuidarse de irritar a las abejas que cuida el quintero, elegir correctamente la gramilla para purgarse.

Salvo los Beckenbauer, conquistados por der kleine Teufel, y de la traductora tan mal calificada por Ofidia, enormemente agradecida desde que Argos y Martín localizaron y rescataron a Cerisette, la caniche gris, perdida en ocasión de una tormenta de arena, en aquel tiempo ni mi hermano ni yo intimamos con el personal de la base. Casi todos rehuían a Ofidia, *«porque la gente es muy difícil. Hay un ingeniero que se hace el burro cuando me ve porque sabe que yo estaba presente cuando el cohete diseñado por él se tragó seiscientos metros de vías de ferrocarril. Hay otro que una vez optimizó el gasto de combustible por el lado del máximo en lugar del mínimo; al encontrarlo le pregunté cómo andaba ese cálculo de variaciones. No me saluda más. Y mira el caso de Santiaguito Funes. Ese chico, que es un romántico rebelde a la antigua, llegó aquí e inmediatamente colgó el retrato de Mao en nuestro pabellón. Justo entraba yo con el general y al verlo así, de sopetón, sólo atiné a inventarme una tía, dije que aquella era doña Felicitas Arguello de Arguello, distinguida matrona provinciana de tradicional estirpe. El general se quedó de lo más impresionado; desde entonces cada vez que me ve me pregunta por la salud de mi tía Felicitas. Santiaguito, en cambio, no me habla»*. No ayudó a nuestra popularidad la metódica sucesión de té a que nos sometió la esposa del general como maniobras preliminares de su próxima ofensiva.

Por especial invitación de Pérez Rodríguez, *«al general le encanta el folklore, especialmente aquella vieja canción, SOLDADO APRENDE A TIRAR, que supone se refiere al Tiro Federal»*, en ocasión de una fecha patria llegaron el folklorista Julio Saavedra y su conjunto, Los Troperos de Masallá. La fiesta consistía en un almuerzo al aire libre, junto al Arroyo Los Abrojos. Se había instalado una cantidad de mesas y bancos, y la esposa del general

efectuó una serie de maniobras que dejaron finalmente a Martín ubicado entre sus dos hijas. Ella misma quedó frente a Ofidia. Interesante espectáculo verlas frente a frente, aunque ambas, con bastante sensatez, habían optado por una paz armada.

Llegó el general, masculló algo así como «*continúen*» y se sentó; al mirarlo de cerca justifiqué la prudencia de Argos, ningún perro sensato provoca a un bulldog. Quedaba un lugar y llegó corriendo a ocuparlo el contador Suárez Green. La señora de Pérez Rodríguez decía, llena de sonrisas y guiños:

—Al doctor sírvanle empanadas de humita, chicas, que es vegetariano.

El general bufó algo sobre las extravagantes costumbres de algunos civiles y Suárez Green empezó a disertar sobre el papel de la carne bovina en nuestra economía y estilo de vida, mientras las hijas del general ponían caras de sumo interés, escuchando las explicaciones de Martín sobre ajuste de observaciones por cuadrados mínimos, «*no sabía de qué hablarles a las dos pavas esas, cómo querés que no estuviera nervioso con la generala esa a menos de treinta centímetros...*»

Suárez Green seguía hablando, ahora sobre la imperiosa necesidad de aumentar el Producto Bruto Interno. El general lo miró con cara (más) hosca y dijo que eso se arreglaba con leche de magnesia, pero que ésas no eran cosas de decir habiendo señoras presentes, después de lo cual ni Suárez Green ni yo abrimos la boca más que para comer.

—Como le digo, Ofelia, esa loca ha tenido cinco maridos —denunciaba la señora de Pérez Rodríguez. Ofidia preguntó si simultáneamente.

—Y la genialidad de Gauss estuvo en que... —decía Martín. La esposa del general lo interrumpió:

—¿A que no adivina quién está detrás suyo, doctor? Su perrito, Arguitos.

Lo habíamos dejado encerrado para evitar problemas, especialmente con el sector castrense, pero el canalla era experto en fugas. Era muy natural que un perro se acercase adonde había asado, máxime Argos, que posiblemente para afirmar su independencia frente a Martín se manifestaba carnívoro absoluto y empecinado. De todos modos empecé a sentirme intranquila; mi hermano dejó de hablar de Gauss.

—¿Julio Saavedra criollo de ley? En primer lugar ése es su nombre artístico, usted se va a enterar del verdadero si es bruja —decía Ofidia—. Se disfraza un poco y usa esa barba (teñida) para parecer Criollo, pero es napolitano. Escuchando bien cualquiera se da cuenta de que quitados erke, charango y bombo toda su música se reduce a *Cuore Ingrato*.

Nos sirvieron frutillas con crema. Martín colocó su ración de crema sobre una corteza y se la ofreció a Argos, ante la sonrisa maternal de la señora de Pérez Rodríguez. El perro olfateó el postre e inició una retirada desdeñosa pero se detuvo y paró las orejas ante el cambio de tono de la conversación. Ofidia denunciaba algo vergonzoso, inaudito, inverosímil, inconcebible, inicuo.

—Les aseguro que en la vieja casona de mi tía Felicitas esto no se habría tolerado jamás.

Las mayorías de las mesas restantes (personal civil) habían recibido como postre manzanitas verdes y achucharradas.

—Y por lo que veo, una per cápita desde aquí distingo que muchas tienen gusanitos.

La situación era violentísima, supongo que la gran mayoría pensaba a coro que no valía la pena perder la tranquilidad por unas frutillas. Pérez Rodríguez estaba patéticamente desconcertado, ningún curso para generales lo había preparado para tal emergencia, sólo atinó a pedir una manzanita y a decir, mientras la comía, que «*le iba a pegar un repunte al encargado del restaurante*», organizador del almuerzo. Suárez Green nos envolvió en una mirada de odio, «*él y el encargado reparten ganancias, secreto a voces*». Pasó el mal momento porque los Troperos de Masallá despreciaron postres y comenzaron a actuar.

Después de unas cuantas piezas lo suficientemente aburridas como para que los entendidos dijeran que aquello era auténtico, insofisticado folklore, Julio Saavedra tomó la guitarra y empezó una «*improvisación*» que provocó sonoras carcajadas del general, coreadas

respetuosamente por el personal militar y, al decir de Ofidia, por el sector obsecuente del personal civil, encabezado por Suárez Green.

—«... En la base El Abrojal, en la base El Abrojal se cocina un Gran Proyecto, que será un golpe de efecto de alcance internacional...»

La barba del cantor tremolaba en la brisa. El Perro Libre, que hasta ese momento lo había mirado con curiosidad, se le arrió silenciosamente. Recordé con un escalofrío los Lieder de Frau Beckenbauer.

—... Se mandará un proyectil, se mandará un proyectil en vuelo orbital a Marte, para mandarse la parte sobre todo ante Brasil...»

Se oyó un gruñido feroz, en seguida un alarido, y antes de que nadie se hubiera dado cuenta de lo que había pasado Julio Saavedra se debatía con el Perro Terrorista colgado de la barba, consiguiendo articular algunas «expresiones irreproducibles». Martín corrió a librarlo y consiguió, a costa de recibir un mordisco, que Argos soltara su presa. Mientras mi hermano tartamudeaba disculpas Ofidia, muy serena, aseguró:

—Es un cachorro muy curioso, sólo quería averiguar si su barba es tan auténtica como su folklore.

Julio Saavedra, que era muy vanidoso, tomó aquello como un elogio. Se limitó a mirar al perro con aire sobrador y le dijo:

—Mirá que habías sido bicho'e parra...

Todo quedó arreglado, salvo que en el incidente el Perro Libre perdió su nombre clásico. En lo sucesivo todo el mundo lo llamó Bicho'e Parra, «*y no es para tomarlo a mal, Martín, cierto que se trata de una antipática oruga, pero con el uso las palabras pierden su carga ofensiva. ¿Nunca oíste a una dama honorable elogiar la sagacidad de su hijo diciendo: es un..., bueno, un vástago de hetaira?, ¿No? Yo sí*». Ofidia conoce a mucha gente original.

Después de unos meses sin sucesos de mayor notoriedad, al cabo de una travesía horriblemente larga y lenta (en promedio, dos paradas por desperfectos por kilómetro) llegó un inmenso tractor oruga con el cohete enviado por Fabricaciones Astronáuticas. Una vez instalado en la plataforma de lanzamiento Bicho'e Parra, Tristán, el dogo Cuitiño y los dobermann Von Clausewitz y Von Braun ejecutaron en torno del cohete un complicado ritual de marcación de territorio hasta que un cuidador los echó a escobazos. Una semana después llegó El Pasajero de la Cápsula.

La documentación de Krasnii Rassviet, el perrito astronauta, lo acreditaba como descendiente de los pioneros del espacio Strelka y Vieterok, por lo demás era samoyedo (miniatura) casi puro, semejante a un osito, de pelo largo y blanquísimo, «ojos grandes y negros con reflejos verdes y una colita enroscada y peluda con apariencia de pompón. Su acompañante y entrenador era el coronel Alexei Feodorovich Stepanov, quien resultó ser muy joven y muy parecido al actor que tuvo el papel protagonista en la película *EL 41* (consultar cinematecas). Consecuencias de esto fueron el alboroto entusiasta de las hijas del general y la inmediata modificación de los planes de la señora de Pérez Rodríguez, quien, según Ofidia, ordenó perentoriamente a su marido que movilizara los servicios de información para averiguar el estado civil, el salario y demás antecedentes del ruso. Era inevitable que bajaran las acciones de Martín, ño demasiado —las niñas eran dos— pero sí lo suficiente como para que la señora se refiriera públicamente al Perro Libre como:

—... ese bicho ordinario que molesta a Dorothy...

Ese mes Martín no cobró su sueldo. Suárez Green dijo que en su legajo faltaba un sello.

El coronel Alexei Feodorovich Stepanov paseaba tres veces por día al perrito astronauta. Bicho'e Parra, en pose de esfinge sobre la cerca de nuestra casa, hacía alarde de su libertad. Krasnii Rassviet lo miraba con ojos un poco tristes, y esa tristeza se acentuaba frente al jardín de la traductora, desde donde las tres caniches lo miraban como las hijas del general a

Stepanov.

—Krasnii Rassviet, samoyedo, única raza de perros sin olor a perro, siberiano, como Miguel Strogoff, nos lo han enviado con su árbol genealógico, hablan de genética, bluff puro, lo que les interesa es la heráldica —decía Ofidia apoyada por los gestos de asentimiento de Santiaguito Funes (habían hecho las paces)—. Pero en nombre de Vla-dimír Ilich ¿Eso es la dictadura del proletariado? Compáren a ese aristócrata con Bicho'e Parra y después juzguen.

En lo sucesivo Ofidia se refirió a Krasnii Rassviet como «el Zarevich», y al encontrarse con el perrito lo llamaba Su Alteza Imperial, consiguiendo que Stepanov se pusiera muy colocado.

Parecía que todo marchaba en orden, pero una mañana nos reunió el general Pérez Rodríguez para darnos una noticia muy grave.

—Intento de sabotaje. El camarada coronel Stepanov me dice que alguien está tratando de alterar el severo régimen a que está sometido el perro astronauta. Ha encontrado ESTO en la cucha de Krasnii Rasviet —y levantó un alfajor. Vi horrorizada que era uno de los que Ofidia había servido con el té del día anterior, preparados, según dijo, con una receta de la tía Felicitas.

—Ustedes saben muy bien que una alteración del régimen puede tener resultados desastrosos. El perro astronauta deberá pasar meses en condiciones sumamente duras y extrañas y una falla de disciplina puede hacer fracasar todo. —Y se extendió en analogías históricas, bélicas y deportivas.

Cuando aquello terminó acorralé a Martín, convencida de que había vuelto a sus propósitos iniciales. Martín negó de plano, y además se ofendió.

—Y sos capaz de creer que para hacer sabotaje iba a turbar la paz del pobre perrito... Hubiera volado el cohete, hubiera arruinado la computadora, hubiera secuestrado a la generala...

—No te preocupes, el saboteador no es Martín —opinó Ofidia—. Y si no es Martín, esto tiene que ser cosa de esos piratas de RARE METALS, que empiezan a tomarnos en serio. Esto hay que celebrarlo.

Pero tuvo que cambiar de opinión muy pronto. Ese día, a la hora del té, llegó Frau Beckenbauer con un magnífico Apfelstrudel y viendo cerca a der kleine Teufel cortó un pedazo y se lo ofreció. Bicho'e Parra no tenía predilección por los dulces, en su régimen sólo figuraban la carne, la leche y la gramilla que él mismo buscaba, o buscaba Martín para él, pero tomó delicadamente el postre, moviendo la cola con cortesía y se marchó al jardín. Y al día siguiente el general sacudía colérico un trozo de Apfélstrudel ante el consternado personal de la base.

En lo sucesivo Krasnii Rassviet estuvo constantemente vigilado y cada vez más triste, pero el mal ya estaba hecho. Recuerdo especialmente una tarde calurosa en que el coronel Stepanov lo había sacado a pasear como de costumbre. Pasaron cerca de la ventana de mi oficina. Una abeja zumbaba alrededor del perrito, que estaba muy alerta. De repente dio un salto y la atrapó, lo vi masticar y relamerse. Las abejas que se alejan de su colmena, suelen estar atiborradas de miel.

—Parece que ha perdido toda idea de disciplina —comentó Ofidia—, están preocupadísimos. Stepanov pide que la experiencia se suspenda, dice que nunca perdió un perro y que no quiere empezar ahora, que más vale esperar un año, para cuando él tenga listo otro perrito disciplinado y con ganas de ir. Pero según el convenio la decisión está en manos del general, al general le interesa que el lanzamiento se haga antes de que se reúnan las juntas de calificaciones y al infame Suárez Green no le ha costado nada convencerlo de que no debe dejarse manejar por un extranjero de grado inferior, por más polkovnik que sea. Así que al samoyedito lo embarcan igual, sin que nadie garantice su vuelta con vida...

—Es un crimen —dijo Martín muy pálido.

—Lo cual es una imbecilidad, una cretinada solemne —siguió Ofidia sin hacerle caso—. ¿Pero me quieren decir desde cuando la disciplina es condición sine qua non para la supervivencia? Cuando estás solo y las papas queman con disciplina no te salvas de nada, hijo.

Lo que necesitas es que no te hayan matado, a fuerza de disciplina y entrenamiento, la poca iniciativa que Dios te dio. No hay que temer por Krasnii Rassviet, volverá sano y salvo.

—Ella es optimista porque para ciertas cosas se pone anteojeras —me dijo después Martín—. Stepanov usa el término disciplina por deformación profesional y falta de conocimiento del castellano; se trata de otra cosa. Krasnii Rassviet se ha vuelto caprichoso, no quiere comer alimentos en cápsula, no quiere estar encerrado, rasca las puertas, aúlla. Si lo mandan se va a morir de tristeza o de miedo o de aburrimiento.

Le propuse a mi hermano que el samoyedito se refugiase en alguna embajada; Martín me mandó al diablo, pobre Martín, para él aquello era terriblemente serio. Hice mal en tomarle el pelo porque dejó de confiarme sus temores.

En los días que siguieron Martín empezó a frecuentar la casa de la traductora, por lo cual Ofidia se hizo malísimos juicos. También empezó a pasear con Stepanov, sosteniendo largas pláticas; según Ofidia daba pena la horrenda cara de Raskólnikov que llevaba el ruso, ni él ni Martín quitaban la vista de la plataforma de lanzamiento, supongo que la veían como un cadalso. Hay cosas difíciles de explicar, como la falta de perspicacia que Ofidia y yo evidenciamos entonces, si cualquier idiota hubiera podido predecir lo que ocurriría.

Teníamos mucho trabajo. Lo único que se podía hacer era revisar cálculos y equipos para tener seguridad por ese lado al menos y todos los controles parecían pocos. En un momento de irresponsabilidad insistí ante Ofidia en que ahorráramos tiempo dejando de cocinar y almorzando en el comedor; ella aceptó refunfuñando y al rato vino a buscarme Santiaguito Funes, aterrado, diciendo que Ofidia «se había puesto verde». El médico de la base halló síntomas de envenenamiento (psicosomático, seguro, habíamos comido lo mismo), dijo que él había esperado siempre que la doctora Beláustegui se mordiera la lengua (¿qué agravios guardaría?), le hizo un lavado de estómago lamentando no poder hacerle un lavado de cerebro y la despachó en un avión ambulancia. Entre protestas ella aseguró que volvería para el lanzamiento, aunque tuviera que secuestrar un avión.

El día anterior al lanzamiento me desperté muy temprano, con la idea de haber oído entre sueños el arranque de la camioneta. Fui a la habitación de Martín y vi que dormía; Bicho'e Parra, en su almohada, me miró bostezando y se volvió a echar. Preferí no despertar a mi hermano, cuanto menos tiempo diera vueltas por ahí angustiándose mejor. La camioneta estaba en su lugar.

En camino a mi oficina escuché que la banda especialmente traída ensayaba la Marcha de El Amor por las Tres Naranjas. Por uno de los caminitos entre las casas apareció Stepanov, con aspecto alelado, y me dijo que Krasnii Rassviet había desaparecido. Fui hasta la casa de la traductora; la encontré llorando, me dijo que Cerisette, la caniche gris, no había vuelto desde medianoche. En casa de los Beckenbauer nadie había visto ni oído nada; Tristán e Isolda dormían plácidamente. Pronto estuvo casi todo el personal de la base revisando cielo y tierra en busca de la caniche y el samoyedito. En lo que se refiere a Martín recibió a los que le pedían que colaborara con el ceño muy fruncido, y Bicho'e Parra los echó sin contemplaciones. La búsqueda resultó totalmente inútil.

Esa noche estuve pensando, tratando de ponerme en el lugar de las Altas Autoridades, pensando en Cuál podía ser la salida de una situación así para un tipo como Suárez Green. Era obvio, había que sacar de inmediato de la base a Bicho'e Parra, antes de que el secretario administrativo lo viniera a buscar. Martín se sobresaltó y corrió a buscar al Perro Libre, pero el Perro Libre huyó después de morderlo, y sólo volvió dos horas más tarde, cuando ya estaba allí el general, reclamándolo, acompañado por Suárez Green, que transparentaba una satisfacción repugnante.

—Yo estaría orgulloso de enviar a uno de mis dogos, pero pesan demasiado. Entre todos los perros de la base el único con las condiciones adecuadas es Bicho'e Parra. Se trata de un deber patriótico, la experiencia debe realizarse en la fecha prefijada, no sólo por los inconvenientes técnicos aparejados a un retraso, sino por nuestro prestigio internacional, por

el porvenir de Y.M.F...

—Por los ascensos de fin de año —hubiera dicho Ofidia, de estar presente.

—Debemos pensar en el Convenio Internacional de Explotación Meteórica, en el Tratado de Asistencia Astronáutica Mutua, incluso en la carrera del coronel Stepanov, ya sabemos como toman las cosas por allá...

—Que viaje Stepanov. Irá un poco apretado, pero para eso es el responsable —hubiera dicho Ofidia, de estar presente, pero estaba en la clínica, y Martín y yo parecíamos haber perdido toda capacidad de reacción. Pobre Martín, estaría pensando que todo era culpa suya. Ni siquiera advertía el desconcertante comportamiento de Bicho'e Parra, que parecía un cachorro amistoso ante amigos de la familia. Hasta Suárez Green tuvo que perder poco a poco su odiosa murada de triunfo para quedarse mirando idiotizado a Bicho'e Parra, que saltaba en torno suyo en dos patas, moviendo la cola frenéticamente.

—Y finalmente, la base está sujeta a Mi Autoridad —(lo dijo así, con mayúscula, el gordo prepotente), así que más vale que me entreguen el perro.

Martín tartamudeó algo que yo tuve que traducir:

—Este perro carece de la formación adecuada.

Bicho'e Parra me gruñó.

—Cualquier otro que pudiéramos conseguir estaría en las mismas condiciones.

Luego el general ordenó perentoriamente a Suárez Green que cargara el perro y lo llevara al laboratorio. El secretario administrativo nunca se hubiera atrevido a tanto, pero no tuvo necesidad: Bicho'e Parra lo siguió, mordisqueándole amistosamente los tobillos. Nosotros también lo seguimos, tratando yo de animar a Martín con un «*no te preocupes, va a fallar en las pruebas*». ¡Qué iba a fallar! Creí que Martín terminaría de derrumbarse ante la sonrisa" del veterinario que halló a Bicho'e Parra perfectamente sano y apto, pero el pobre siguió detrás de su perro; ¿qué se habría hecho de aquel muchachito que le rompió los huesos a un profesor sádico?

Ante el mecanismo eyector de cápsulas de alimentos y agua, similar al que hallaría en la cápsula, el astronauta suplente mostró su habilidad para capturarlas al vuelo y su satisfacción al saborear aquello. Stepanov, que tenía peor cara que Martín, dijo algo sobre caviar y yoghurt que no oí bien. Bicho'e Parra, acostumbrado a una dieta de churrasco sin aditamentos, se relamía con ostentación.

Lo llevaron a la cápsula, que tenía un pequeño mirador, por donde se podrían ver las estrellas. Después que probó que sabía utilizar los dispositivos sanitarios lo llenaron de electrodos y lo cubrieron de una maraña de cables. Stepanov, detrás nuestro, repetía Boye moi, Boye moi, y tartamudeaba al oído de Martín:

—¡Pero cómo no pensamos en esto!

Llegó el presidente de la nación, terminó la cuenta regresiva, la banda arrancó con la Marcha de El Amor por las Tres Naran-, jas, el presidente apretó el botón rojo y el cohete se elevó majestuosamente. Martín estaba en la sala de control, escuchando el corazón de Bicho'e Parra, que se aceleraba. Se oyeron ladridos; habían reaparecido Cerisette y Krasnii Rassviet, y Alexei Feodorovich Stepanov, con el perrito en brazos, lloraba a gritos. Alguien reapareció también; era Ofidia, que entró furiosa en la sala de control, gritando:

—¡CAÍN! ¡¡¡¿QUÉ HAS HECHO DE TU PERRO?!!!

Pero se calló de golpe. Martín la miraba con la cara gris porque ya no se oían los latidos del corazón de Bicho'e Parra. Pero Ofidia es Ofidia y reaccionó en seguida. Ordenó:

—Comunicación radial.

Le alcanzaron el micrófono. No dijo nada de lo que podía esperarse que dijera. Se limitó a lanzar un prolongado, agudo, ridículo, escalofriante, infernal maullido, que fue contestado por ladridos furiosos. Bicho'e Parra estaba vivo, bien vivo. Cuando fue posible lograr su imagen en la pantalla de televisión vimos que el Perro Libre se había desprendido de todos los electrodos y cables. Había que conformarse con mirarlo. El infame flotaba con el hocico pegado al mirador

y les movía la cola a las estrellas.

No puedo decir que lo que resta sea de público dominio porque para el público el perro cuya imagen borrosa (a propósito) apareció durante meses en las pantallas, para regresar finalmente sano y salvo, fue Krasnii Rassviet. Son muy pocos los que están al tanto de su sustitución por este Bicho'e Parra, mascota de Y.M. F., que sigue en El Abrojal con todas sus mafias. También Krasnii Rassviet reside en El Abrojal, a cargo de la traductora, muy feliz con la compañía de las tres caniches. En cuanto a la numerosa descendencia del polígamo samoyedito, vive a cuerpo de rey, a costillas del Consejo de Investigaciones, inspeccionada periódicamente por aburridos biólogos que no ocultan su desilusión ante tanta normalidad.

Alexei Feodorovich Stepanov, general gracias a Bicho'e Parra, espera en su país que un samoyedito que ahora está orbitando entre las lunas de Júpiter le traiga su próximo ascenso. No tardará mucho en llegar a mariscal. Son de suponer las cosas que dirá la señora de Pérez Rodríguez, que culpa a su marido del fracaso de sus planes, El pobre general, apabullado por los reproches de su mujer, ha terminado por pedir el retiro. No quedó en términos demasiado malos con Martín; al fin y al cabo es aficionado a los perros, y si hizo lo que hizo fue por instigación del secretario administrativo.

Suárez Green fue exonerado, y el encargado del restaurante perdió la concesión en cuanto se probaron sus turbios manejos. Desde que Martín es presidente de Y. M. F. los asuntos de la empresa se manejan con una seriedad que ya me parece patológica. A veces oigo cosas desagradables, como que mi hermano se ha vuelto más perro que Bicho'e Parra, o peores. Es cierto que ha cambiado mucho desde aquella primera hazaña de Bicho'e Parra; muchos bien pensantes dicen que ha dejado de ser un chico, que ha madurado. ¡Qué imbéciles! Es cierto que con él Y.M.F. ha llegado a su actual peso en lo internacional, es cierto que los piratas de RARE METALS están al borde de la ruina, es cierto que Martín es un personaje tan importante como para necesitar custodia (dos dogos hijos de Dorothy y Cuitiño). Pero la verdadera historia de Y. M. F. y la auténtica personalidad de quienes, humanos o no, mueven sus hilos, sólo se conocerán cuando Ofidia cumpla la amenaza, que aterra a tantos, de jubilarse y publicar sus memorias.

FIN